

VII

Fin del interrogatorio

No parece sino que el señor Johann Spurzeim se interesaba vivamente por tan elevado personaje de quien se sospechaba que había hecho traición á la confianza del gobierno y del rey, porque repuso:

—Cuéntame eso minuciosamente, camarada... Los empleados antiguos son habladores... Tu amigo del ministerio de Estado debe haberte contado todos los detalles de este importante asunto.

A pesar del refugio que le ocultaba, á pesar del tono de indiferencia que daba á su voz, Johann no hubiera podido disimular su emoción si hubiese estado en presencia de un hábil observador; pero el número 133 no era muy lince para estos casos.

—Es que...—murmuró el agente con zozobra,—se me ha confiado en calidad de secreto, ¡Excelencia!

—¿Luego debe ser un asunto muy grave?—dijo el director.

—Gravísimo.

—¿Te han dicho el nombre del funcionario?

—No, señor.

—¿Y su empleo?

—Tampoco.

Johann respiró en su agujero.

—Señor—repuso el agente número 133,—voy á contar á Su Excelencia todo lo que ha pasado entre mi antiguo amigo y yo... Estaba siguiendo precipitadamente el carruaje en cuestión, cuando oí que se llamaba por mi nombre en la calle de Toledo... ¿Creo que no exigiréis que os diga el nombre del pobre empleado?

—¡No, mil veces no! pero sé conciso.

«—Tú, que eres calabrés—me dijo,—¿conoces á Bautista Giubetti, antiguo cochero de Monteleone?»

Yo contesté: «—Le conocí en otro tiempo».

«—¿Sabes dónde vive?

»—Hace mucho tiempo que no le he visto, é noraba que habitase en Nápoles.

»—El pobre diablo—me dijo mi antiguo camarada,—abandonó á su país después de haber perdido á su esposa, la bella Gianninna, robada por uno de los caballeros *ferrai*.

»—¿Por cuál?—le pregunté, porque yo conocía á esos pícaros de quien hablaba.

»—Por el capitán Lucas Tristany.

»—Y ¿por qué buscas á Bautista Giubetti?

»—Porque ha sido Compañero del Silencio y ha jurado la *vendetta* á sus antiguos maestros... sólo conozco á él que pueda traducirme una cifra que no entendemos».

Yo ignoraba el paradero de Giubetti, pero en aquel momento me ocurrió una idea... En una época muy remota, cuando los Compañeros del Silencio se llamaban Hermanos del Carbón y el Hierro, yo había sido iniciado en sus misterios...

—¡Ah! ¡ah!—exclamó Johann como á pesar suyo.

—Como no me ocupaba otro pensamiento que el de ganar dinero para alimentar á mis hijos,

dije á mi hombre: «—Si quieres trataré de traducir vuestra cifra.

»—¿La entenderás tú?—exclamó.

»—Si es la antigua clave de los *cavalieri ferrai*—le respondí,—puedo entenderla».

Mi antiguo camarada llevaba encima los papeles para el caso en que hubiese encontrado á Bautista Giubetti... De paso entramos en la *Corona di ferro*, donde me los enseñó... Era en efecto la clave de los *cavalieri ferrai*.

—¿Y los papeles?—preguntó Johann.

—Los papeles consisten en cuatro notas: dos de Londres, una de París y otra de Marsella.

—¿Dirigidas á quién?

—Al gran dignatario en cuestión.

—¿Entonces tú sabes su nombre?

—Señor, cada uno de esos papeles llevaba un sobre y éste yo no le he visto.

—Y ¿cómo estos papeles habían ido á parar en manos de tu antiguo camarada?

—De una manera muy sencilla... El alto dignatario no estaba en el ministerio de Estado, no sé por qué motivo, pero los pliegos iban dirigidos al ministerio; así es que se abrió el primero por equivocación.

—¿Y los demás expresamente?

—Por supuesto... como todos los que le dirigirán en lo sucesivo.

—Perfectamente... Volvamos á los pliegos... ¿Los descifraste en seguida?

—No, señor... pedí un día para recordar la clave.

—¿De modo que los llevas encima?—exclamó Johann con acento de triunfo.—Dámelos.

El número 133, caído en el lazo de sus propias respuestas, no obedeció.

—Señor—respondió,—es imposible... Los pliegos

no me pertenecen... Si me los quisieran quitar, los defendería hasta la muerte.

—Tranquilízate, no se te quitarán á la fuerza; pero es preciso que me digas su contenido.

—Señor...

—¡Chitón!—exclamó con dureza el jefe de policía.—¡Léeme los pliegos!

El número 133 abrió un compartimiento de su cartera, y sacó cinco papeles cuadrados de los cuales abrió uno.

—Esta es la clave—dijo.

—Veamos—contestó Johann ahogando un bostezo.

Pero esta indiferencia no era más que aparente.

—La clave está formada—repuso el agente,—con las letras que entran en la composición del primer verso de la canción de Fioravante, que sirve también de llamamiento y de santo y seña á los Compañeros del Silencio.

¡ Amici, allegre andiamo alla pena !...

Si Su Excelencia quiere el alfabeto, hélo aquí. Johann tendió la mano fuera de la garita.

Al aspecto de aquella mano gris, arrugada, enco-gida, horriblemente disecada y que realmente parecía salir de una tumba, el agente dejó caer el papel y lanzó un grito.

—Recoge esto—dijo Johann con su risa estridente;—es verdad que no tengo los dedos regordetes, pero soy todo nervios, camarada, y no te deseo otra cosa sino que vivas tanto como yo. El número 133 recogió el papel y se lo dió.

Este contenía solamente el alfabeto del Silencio dispuesto así: las letras del alfabeto ordinario frente á las letras cabalísticas, las cuales eran todas mayúsculas:

a—A	j—E	s—M ²
b—M	k—G	t—O
c—I	l—R	u—A ⁵
d—C	m—E ²	v—L ³
e—P ²	n—A ³	x—L ⁴
f—A ²	o—N	y—A ⁵
g—L	p—D	z—P
h—L ²	q—I ⁴	
i—I ³	r—A ⁴	

—¡Es curioso!—dijo Johann después de haber echado una ojeada sobre este alfabeto;—muy curioso... Me parece que he de tener yo también algunos pliegos escritos de esta manera. Para mí eso era sanscrito... ¡Camarada, sois un hombre precioso!... En lo sucesivo el gobierno del rey, sorprenderá fácilmente todos los secretos de estos miserables.

—Así lo espero—respondió el agente creyendo haber hecho un gran descubrimiento.

La mano cadavérica salió por segunda vez de la obscuridad, pero sosteniendo un papel diferente del que le había entregado el número 133.

—¡Es la misma clave!—exclamó éste fijando en él los ojos.

—De tiempo en tiempo me traen algunos de estos papeluchos—dijo Johann á media voz;—¿me queréis hacer el obsequio de descifrar éste, llegado hace poco del correo?

El número 133 deletreó las primeras palabras y palideció.

—¡Bien!—dijo el jefe de policía,—leed alto; quiero saber lo que dice.

Sus ojos medio cerrados, de los cuales se escapaba un rayo verdaderamente satánico, no se apartaban del pobre agente, que temblaba de pies á cabeza.

Sin embargo, éste leyó:

«Se advierte á David Heimer que Manuel Giudicelli se halla en Nápoles con los dos niños de Catana».

—¡David Heimer!—exclamó Johann fingiendo la mayor sorpresa; era uno de los caballeros herreros.

—Ya le hallaremos, señor—respondió el agente con singular animación;—si está en Nápoles, Dios hará que no se nos escape.

—¿Le conocéis?—preguntó Johann.

—¡Si le conozco! ¡si conozco á David Heimer!

—¿Le tenéis alguna animosidad personal?

La sangre subió á la cabeza del agente, que hacía visibles esfuerzos por aparecer tranquilo.

—¡Dios me perdone!—murmuró;—pero no puedo mentir... le aborrezco de muerte.

Johann revolvía suavemente sus pulgares en el confesionario y sonreía.

Era una sonrisa de tigre.

—Veamos el primer pliego—le dijo.

—El primer pliego, señor—respondió el agente,—está fechado en Londres. Anuncia á este alto dignatario que un diamante de precio inestimable, el Pundjaub, sacado por un minero de las canteras del Mogol, ha sido ofrecido al rey de Inglaterra por el Consejo de la Compañía de las Indias, y que el diamante está en casa de un lapidario de París. Pregunta si S. M. el rey Fernando de Nápoles compraría este diamante, en caso que se lograra variar su dirección. Está firmada por Brown y ha debido necesitar respuesta.

Johann sacó de su seno aquella llavecita que pendía de su cuello sujeta por un cordón de seda.

—La segunda—continuó el agente,—lleva la fecha de París y está firmada por el mismo Brown. Dice en sustancia que le ha costado mil quinien-

tos luises hacer fabricar y tallar un diamante falso, exactamente semejante al Pundjaub, y que el diamante verdadero ha sido substituído por el falso en el laboratorio del lapidario, esperándose dinero para enviarle á Nápoles.

—¿No hay una pequeña cruz de tinta colorada en el original?—preguntó Johann.

—¿Su Excelencia la ha visto?—dijo el agente estupecado.

—¡Oh! ¡cuán bien servido está el rey por los hábiles funcionarios del ministerio de Estado!—murmuró Spurzeim con soberano desdén.—Vamos al tercero.

—Fechado en Marsella, sellado y firmado también por Brown. El falso diamante está en camino de Londres, teniendo que pasar por Nápoles... Se le cederá á S. M. mediante una suma de 1.500,000 ducados, al cambio de 4 francos 26 céntimos el ducado, moneda francesa.

—Lo que suma 6.375,000 francos—dijo Johann.—No es caro por un diamante de 176 quilates... Y el cuarto pliego ¿qué dice?

—Este pliego tiene una nota—dijo el agente:—*No debe ser comunicado á nadie, ni aun á los maestros del Silencio.*

Johann se agitó en su sillón y dejó escapar estas palabras:

—Este último no había llegado á mi noticia.

—En éste—dijo el número 133,—no hay firma ni dirección, pues no ha sido cogido con los otros. Se ha encontrado en la habitación de un marino del puerto que no ha podido ser habido y que se llama Sansovina.

—¿Y qué dice?—preguntó Spurzeim con impaciencia.

—Una cosa muy extraña, señor... Dice que ese Brown, salido ya de Marsella y en camino de

Nápoles, cree de buena fe que trae el verdadero diamante, el Pundjaub...

—¿Y que se engaña?

—Que se engaña, porque el verdadero Pundjaub fué vendido al emperador de Rusia por la suma de cuatro millones de rublos.

—¡Enhorabuena!—exclamó Johann;—ya sabemos bastante, camarada... Pon otra vez esos papeles en tu bolsillo, que á mí de nada me servirían. Ahora soy yo el que te hará saber algo que tú ignoras... Pero antes quiero pagarte, porque has mostrado ser un servidor inteligente y sumiso... ¿Estás aún empeñado en ocultarme tu nombre?

—Absolutamente, señor.

La llave de Johann rechinó en la cerradura.

—Como gustes, como gustes—le dijo;—sin embargo, es preciso que yo sepa dónde dirigirte las cartas, en caso que tenga necesidad de ello.

—Yo no tengo casa, señor—respondió el agente.

—¿Duermes al raso?

—Todas las noches en el sotto-pórtico de San Antonio.

—¡Cuán hermoso país es este, que permite tales costumbres!... ¿Y si te escribiese á casa de tus hijos?

—Recibiría la carta, señor.

—¿Ellos duermen al raso?

—¡Oh! señor—dijo el pobre hombre con acento ofendido.

—¿Dónde habitan?

—En la casa de los Folquieri, calle de Mantua.

—Escribeme esta dirección debajo del nombre de Daniel Bach... he perdido la memoria.

Mientras el agente escribía, oyó un ruido de monedas de oro.

Y pensó con el corazón contento:

—Mañana los niños tendrán pan.

En su garita Johann Spurzeim había abierto aquel armario interior, ó caja, de que ya hemos hablado.

Allí dentro había sonado el oro.

Pero en lugar de sacar dinero, Johann había retirado un objeto de bastante volumen y de forma singular. Era una especie de caja terminada por un bastón de dos pies de largo.

Johann se puso á dar vueltas á un tornillo que había en el centro de la caja, pero teniendo que descansar á cada rato rendido de fatiga.

Mientras trabajaba decía:

—Esas buenas gentes del ministerio de Estado quedarán mañana sorprendidos cuando les leas el contenido de estos pliegos...

—¿Su Excelencia tiene algo más que mandarme?—interrumpió el agente después de haber escrito la dirección de la casa de los Folquieri.

—Nada más... si tú quieres, de esto podrás sacar tu provecho. Estos pliegos iban dirigidos á mí, camarada, como jefe de policía.

—¡A vos, señor!—exclamó el número 133 estupefacto;—luego...

—Luego, esos torpes del ministerio de Estado serán castigados por su poca vergüenza... Ya tengo en mi poder á ese Brown y su falso diamante.

Mientras decía estas palabras apoyó la caja contra el hombro, dirigiendo el bastón contra el pecho del agente.

No parecía, en verdad, sino que el director de policía quería divertirse con esta máquina á costa del agente.

—Pero no es esto todo—repuso,—pues además del dinero que voy á darte y que tanto mereces, camarada, quiero revelarte una buena noticia.

Y con su mano izquierda removi6 el oro en el fondo del armario.

A este sonido el agente se acercó involuntariamente.

El pobre hombre estaba muy conmovido. Una idea fija le dominaba:

¡Sus hijos! Ese oro que revolvían era para sus hijos.

Para sus hijos que morían de miseria.

—Ese David Heimer á quien buscas y que tanto aborreces, está enfermo... no le queda más que un átomo de vida. Te bastaría un soplo para aniquilarle...

—¿Sabéis dónde está, señor?

—Aquí, camarada, á dos pasos de ti... ¡soy yo!

El agente hizo un movimiento para arrojarle sobre él.

Johann, sin cesar de apuntarle con su extraña máquina, se apoyó sobre una lengüeta.

El agente cayó llevando las dos manos á su pecho y exhalando un débil quejido, uno sólo.

La máquina produjo un pequeño silbido semejante al golpe de pistón de la máquina neumática.

En el gabinete del director de policía reinó por algunos instantes el más profundo silencio, el silencio de la muerte.

Luego se oyó que Johann suspiraba y que con su risita de matraca decía:

—Soy más fuerte que ellos; los he de enterrar á todos.

VIII

La mueta del señor Johann Spurzeim

El agente de policía número 133 había caído en el mismo sitio donde se hallaba al recibir el misterioso disparo, es decir, entre el bufete de Johann Spurzeim y el sillón monumental que servía á la vez de fortaleza contra las corrientes de aire y las miradas indiscretas.

Al cabo de algunos instantes la disecada cabeza del jefe de policía salió poco á poco de la obscuridad, á dos pies lo más del nivel del suelo.

Arrastrábase sobre sus manos y rodillas.

La fatiga hacía que su respiración produjese un pequeño silbido.

Deteníase de vez en cuando para tomar aliento, pero el aire espiraba en su garganta.

Al llegar junto al agente puso la mano sobre su corazón.

—Aun está caliente—dijo,—pero su pecho ya no late.

E introduciendo la mano en el bolsillo del muerto, sacó una cartera, de la cual tomó algunos papeles que se guardó.

—Veremos todo esto despacio—pensó;—hoy no tenemos tiempo. ¡Bueno! He aquí el escrito cogido en la habitación de Sansovina; yo tomo lo que necesito donde lo encuentro.

¿Y su tarjeta de agente?

Para hallarla abrió los diversos compartimientos de la cartera.

La tarjeta de agente estaba en el último. No llevaba nombre, sino simplemente el número 133 con el sello de la policía.

Johann se levantó sobre sus rodillas, tomó una pluma mojada en tinta, y escribió un nombre sobre el número de orden.

Luego volvió el documento á la cartera, junto con el alfabeto del Silencio y la traducción de las cartas firmadas por Brown. La cartera bajó al fondo del bolsillo en la raída hopalanda del agente.

Johann, siempre arrodillado, puso con mucho trabajo los pies bajo la mesa. Para levantar la cortina descolgada por Pedro Falcone y cubrir con ella el cadáver, tuvo que descansar cuatro ó cinco veces.

El lector quizá se habrá figurado que al hacer descolgar esa cortina, Johann satisfacía un capricho.

Nosotros podemos afirmar que el jefe de policía no hacía nada al azar.

Cuando el cuerpo del agente número 133 hubo desaparecido bajo la cortina, Johann volvió á arrastrarse hacia su garita con nuevo aliento.

Era un espectro infatigable.

Una vez vuelto á su sillón cogió la extraña máquina, púsola sobre sus rodillas, y levantando una pequeña palanca que había en su parte posterior, se dejó oír un crujido semejante al que hace un molino de café á la primera vuelta de la rueda.

—¡Muy dura está!—dijo Johann,—pero todavía tengo fuerzas.

Tomó de su armario una bala de plomo del

calibre ordinario, y la introdujo en ese apéndice estrecho y largo que hemos comparado á un bastón.

La bala se deslizó por su interior. Era un cañón de carabina.

Faltaba aún dar la vuelta al tornillo central, pero las fuerzas de Johann Spurzeim estaban ya agotadas.

En este instante se oyeron pasos numerosos en el corredor por donde el agente número 133 había penetrado en el gabinete del señor Johann.

Este cogió precipitadamente el tornillo y quiso darle vuelta, pero sus dedos resbalaron.

—¡No puedo más!—murmuró;—esta noche he ejecutado un trabajo de gigante... ¡no puedo más! Necesito una hora de descanso.

Y oyó que al detenerse los pasos en el corredor al otro lado de la puerta, una voz preguntaba:

—¿A dónde me lleváis?

—¡Es él!—dijo Johann haciendo un esfuerzo supremo.

El tornillo no pudo coger un solo diente.

—Y sin embargo es necesario que esté solo con él.

Llamaron á la puerta. Según el ruido particular que produjo, debía ser una culata de fusil.

Antes de responder se le ocurrió á Johann una idea que le tranquilizó.

—Este no está libre como el otro, sino que tiene trabadas las manos y no puede revolverse.

—¡Adelante!—dijo en alta voz.

La puerta se abrió en el momento en que el reloj señalaba las doce menos cuarto.

Eran un oficial y varios soldados que conducían á un desgraciado con fuertes esposas en las manos y una argolla de hierro en la pierna derecha.

—¡Este no es el ministerio de Estado!—dijo el

preso con acento lastimero,—y yo no quiero hablar sino al ministro ó al rey.

—¡No parece sino que me esté oliendo el pobre Felice Tavola!—observó Johann con su sonrisa burlona;—tiene miedo... ¡tanto mejor!... Por otra parte el teniente es ambicioso y se acordará de mis instrucciones.

—El ministro de Estado se ha mudado de casa—decía el teniente con zumba;—vamos, señor barón, suplico humildemente á Su Excelencia que se tome la molestia de entrar.

Así diciendo le hizo pasar brutalmente el umbral de la puerta contra su voluntad.

El prisionero se resistía con todas sus fuerzas.

—¡Presiente mi presencia!—refunfuñó por lo bajo Johann;—¡lo que es la simpatía!

—¿Su Señoría está ahí?—preguntó en este momento el oficial.

—¡Por Dios! ¡Decidme adónde me lleváis!—exclamó Felice Tavola, á quien los soldados empujaban hacia el bufete.

Luego que hubo adelantado lo suficiente en el aposento para que Johann Spurzeim pudiese distinguirle quedando él mismo protegido por la pared de su garita, revelaron sus facciones cierta expresión de tranquilidad.

Altamonte, por su parte, lanzó una mirada penetrante á la sombra del confesonario, pero sus ojos, deslumbrados por el resplandor de la lámpara, no pudieron distinguir más que oscuridad.

—¿Monseñor quiere—preguntó el teniente,—que quedemos aquí, ó montemos la guardia en el exterior?

—En el exterior—respondió Johann.

A estas palabras el barón de Altamonte bajó la cabeza y ya no se tomó el trabajo de protestar.

—Ha conocido mi voz—pensó Johann,—y está haciendo su acto de contrición... ¡pobre amigo!
 ¡El teniente era hecho verdaderamente para capitán! Después de haber empujado al prisionero hasta el pesado y macizo bufete, pasó una soga por la argolla que ceñía la pierna, y le amarró corto al pie de la mesa.

—Monseñor—dijo levantándose,—acordaos de que estamos á dos pasos de aquí, tras la puerta, en el corredor... A la menor señal entraremos.

—Este hombre—continuó apoyando una de sus manos en el hombro del prisionero,—es Porporato... Viendo que sus compañeros no le liberaban, ha dicho que haría revelaciones si le salvaban la vida... ¡Dios guarde á Su Excelencia!

Y salió con los criados de la cárcel y los soldados que habían escoltado al barón de Altamonte.

—Ya sé que estás allí, David. Me has hecho caer en el lazo; lo único que te pido es morir sin padecer.

Este era un bandido de treinta y cinco á cuarenta años de edad y de bastante buena figura. No es extraño que se le hubiese tomado en la corte de Nápoles por un verdadero hidalgo. Entre los *cavalieri ferrai*, había gozado, antes de la llegada de Athol, de una influencia igual á la del mismo David Heimer. Los dos eran enemigos.

Cuando la puerta exterior se cerró tras el teniente y sus soldados, Felice Tavola dijo sin levantar la cabeza:

—Aquí me tienes.

Johann tosió secamente y respondió sonriendo:

—¿No tenías que hacerme una revelación importante, mi pobre Felice Tavola?... ¿No queréis, ilustre barón de Altamonte, revelar al ministro de Estado, mi jefe, ó al rey, mi respetable señor, por mi indigno conducto, que un pícaro ha

asurpado su confianza y que la policía napolitana está en manos de un bandido?

—¡Mátame!—dijo el caballero herrero.

—¡Ay! Tavola—replicó Johann,—mi pobre compañero, no soy yo quien va á matarte, sino el verdugo; te prometo rogar por ti con devoción.

—¡Mátame!—exclamó por tercera vez el prisionero.

—¡Lo que es de nosotros!—dijo con unción el jefe de policía;—si pudieses dar un paso, me aplastarías con tu solo peso... ¡Nunca te he visto más hermoso que hoy!

—Tú no eres un hombre, David—murmuró el prisionero,—sino un tigre.

—¡Lo que es de nosotros, Felice, mi querido hermano!... Si permaneces cinco minutos más en tu prisión, eras libre... Baldemonio, ese loco que cuando quiere tiene alas, ha escalado las murallas de Castello-Vecchio...

—¿Es verdad?—exclamó Tavola;—¡y yo que le acusaba!

—He querido darte esta alegría, mi querido hermano, para que le hagas justicia antes de que mueras... Por su parte ha hecho todo lo que ha podido; el centinela estaba ganado... Baldemonio llegó á la reja de tu prisión á través de peligros que serían interesantes en una novela, ha limado sus barrotes y se ha introducido en tu calabozo, en el cual no ha encontrado á nadie.

Felice arrojó un rugido de cólera.

Pero Johann triunfaba y nada es tan peligroso como el triunfo.

—Señor barón de Altamonte—prosiguió,—hace un cuarto de hora que debéis haber recibido una carta mía prometiendo salvaros la vida...

—¿Era tuya esa carta, David Heimer?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1910, 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Y quién como yo podía encontrar la parte flaca de vuestra coraza, señor barón?

Las manos de Felice Tavola se crisparon. Johann reía.

—Pero pasemos á otro asunto—continuó éste; —yo no tenía necesidad sólo de tu muerte, sino que me convenía perder á ese joven héroe, á ese Baldemonio. Sábese que éste hace más que estorbarme, me oprime... Es evidente que toda denuncia anónima debía serme atribuída... Pues bien, yo me he arreglado de modo, mi querido hermano, que la denuncia llevase vuestra firma.

—¿Habrías falsificado mi letra?

—¡Quita allá! lo falso se descubre siempre... yo pretendo vivir mucho y quiero tranquilidad para mis últimos días... ¡No, no, nada de falso!... a menos como vos lo entendéis... Os suplico que leáis esto.

Y adelantando la mano puso delanete de la luz un pliego de papel con estos signos:

NA³E²A NA⁵M RI³P² EI²E²P² L³I²A³LI²

Felice Tavola, habituado á estos caracteres, leyó de corrido: *¡Se me ha olvidado: me vengo!*

Luego añadió:—¿Qué quiere decir esto?

—Reflexionad, mi buen hermano... Los prisioneros manifiestan todos las mismas debilidades... Como no tienen á nadie con quien entretenerse, escriben en los muros de su cárcel y esto les alivia.

—Yo no he escrito nada en las paredes de mi prisión—dijo Felice Tavola.

—Y sin embargo, Baldemonio ha encontrado algo.

Felice Tavola se puso pálido y entró en un acceso de verdadero furor.

—¡Infame!... ¡infame! ¡malvado!—exclamó el prisionero.

—Nuestro Baldemonio encontró allí esta inscripción—continuó Johann con su burlona risita,—de manera que cuando estés muerto y se sepan sus pequeños secretos, el más hermoso de los griegos dirá para sus adentros:—«¡Ese miserable Tavola me vendió!...» ¿Te parece ingeniosa esta combinación, mi querido hermano?

Apenas Johann acababa de hacer esta pregunta en tono melifluo y gazmoño, cuando experimentó la mayor sorpresa que hubiese tenido en su vida. Era una cosa increíble.

El rostro del prisionero, hace poco descompuesto por su impotente rabia, fué serenándose visiblemente.

Parecía querer prorrumpir en una risa irresistible.

La locura empieza á veces así.

Felice Tavola le miraba fijamente.

A pesar de la certeza que Johann tenía sobre la imposibilidad en que el prisionero, colocado en plena luz estaba de verle en el fondo de la obscuridad de su confesonario, esta mirada le hacía daño y le irritaba.

Instintivamente echó mano á esa máquina que había silbado al caer muerto el agente número 133.

Felice Tavola no cesaba de mirarle, presentando siempre una risa muda alrededor de sus labios.

—David Heimer—dijo en fin sin moverse de su sitio pero irguiendo de repente su elegante talle; —¡eres un pícaro digno de excitar la curiosidad!... En verdad, no te quiero mal... como tampoco le quiero á la víbora que al morder mata porque Dios ha colocado veneno bajo sus encías... pero el artículo 7.º de la regla dice: «Todo caballero herrero que descubra una traición matará al trai-

«dor». Tú nos has hecho traición, luego debo matarte.

Estas palabras parecían hijas de una fanfarronada extravagante.

El corredor estaba lleno de soldados, y el prisionero, atado por un pie, tenía las dos manos sujetas con esposas.

Pero había en su rostro una expresión tal de seguridad que Johann tomó aliento para pedir socorro.

—¡No grites!—repuso Felice Tavola adivinando lo que iba á hacer,—porque antes de que acudan en tu auxilio, tú lo has dicho, te aplastaré con mi propio peso.

Tavola hizo un movimiento brusco y se desprendieron las esposas que aprisionaban sus puños.

Estaban limadas de antemano.

Johann se sintió desfallecer; pero guardóse bien de gritar.

Tavola cogió un rico cuchillo que había sobre el bufete para cortar papel, y cortó la cuerda que le sujetaba por el pie á la mesa.

Johann parecía muerto en su garita.

Ni se oía su respiración ni hacía el más leve movimiento.

El prisionero avanzó un paso hacia él.

Entonces salió de la obscuridad una voz como un lamento.

—¡Ten compasión de mí, Felice, mi buen hermano!—decía el jefe de policía;—conozco que he hecho mal en divertirme con la inquietud de un amigo... Pero tú no dabas crédito á mis locas chanzas, ¿no es verdad? Tú no ignorabas que poniendo el pie aquí, estabas salvado.

—¡Calla!—exclamó Tavola;—¡me das vergüenza y asco!

—Y sin embargo, mi querido hermano, no puedo dejarte en este fatal error...

—¡Calla! No te queda más que un medio para no dar el salto de pulga que te separa del infierno donde tienes un lugar destinado... y es que me conduzcas á través de tu casa hasta la puerta de tu jardín que da al *vicoletto* Ognisanti... ¡Levántate y marcha!

Johann lanzó un gemido. Parecía el grito que arroja la debilidad en su último esfuerzo.

—Tú sabes bien que no puedo ni levantarme ni andar—respondió con voz fatigada, pero menos alterada por el temor;—nadie ignora mi estado... Felice, mi antiguo amigo, acércate y tómate en tus brazos; tú caminarás y yo te guiaré.

—¿Habéis llamado, señor Spurzeim?—dijo tras la puerta la voz del teniente.

—¡Responde!—le mandó Tavola.

—No, hijo mío, no—replicó en efecto Johann Spurzeim;—estad tranquilo.

El prisionero se hallaba delante de la garita.

—¿Qué es esto?—preguntó viendo un objeto que Johann tenía en la mano.

—¿Tienes miedo del impotente?—dijo Johann riendo;—no te inquietes, mi amigo Felice... es mi muleta... ¿Ves? se pone esto bajo el brazo... como si se apuntase con un fusil... el extremo que está cerca de tu pecho se apoya en el suelo... La he mandado hacer de metal para que resista y se deslice...

—¡Despachemos!—interrumpió Tavola abriendo los brazos para llevarse como estaba convenido.

Por segunda vez se oyó un silbido sordo y truncado.

El prisionero se tambaleó primero y llevando sus manos al corazón, cayó apoyando la cabeza

en el cuerpo del agente. Cuando cesaron las cortas convulsiones dijo Johann:

—Sí, sí... la he mandado hacer de metal para que resista...

IX

El corredor obscuro

Mientras que Johann á costa de violentos esfuerzos, cubría este segundo cadáver con la misma cortina que servía para ocultar al agente número 133, el soldado que hacía centinela á la entrada del corredor, pronunció distintamente:—¡No se pasa!

Johann escuchó un momento para saber la respuesta, pero nadie contestó.

—Por poco no puedo dar la vuelta á este pícaro tornillo — exclamó; — es necesario ponerle aceite.

Y volviéndose á sentar, se acarició la barba.

Ahora nos vemos obligados á dejar el gabinete en que Johann Spurzeim ha empleado el tiempo tan activamente, para presenciar lo que pasa en la calle entre el centinela y un recién llegado á quien no aguardaba con menos impaciencia el terrible jefe de policía.

Tal vez la muleta iba á silbar y aniquilar por tercera vez.

Esta muleta era una curiosidad. Fabrícense ins-

trumentos parecidos en Roma desde que Cosme Libranus envió la primera carabina de aire comprimido al príncipe de Condé, en tiempo de Enrique IV.

Estas carabinas, de origen romano, se cargan de aire por el juego combinado de un manubrio de rueda y un tornillo de presión que produce el efecto de una bomba que lo inyecta.

El hombre á quien el soldado acababa de decir: —¡No se pasa!—había bajado de un elegante y rico carruaje tirado por dos hermosos caballos franceses. El carruaje se había detenido á cincuenta pasos de allí, delante de la puerta principal del palacio del jefe.

El corredor estrecho y largo al extremo del cual brillaba un reverbero lejano, no era, como se deja suponer, la entrada principal.

Muchas puertas que daban á este corredor, comunicaban con las oficinas.

El carruaje había quedado bajo la custodia de un criado delante de la puerta principal. El hombre que había bajado de él, se dirigió á grandes pasos hacia el corredor sombrío. Llevaba un traje que no se acostumbra á ver en tan lujosos carruajes. Consistía en los *calzoni* colorados y cortos de los marineros del puerto, un ceñidor y la camisa. No llevaba más.

Igual era, si no nos es infiel la memoria, el traje de Baldemonio al escalar las murallas de Castello-Vecchio.

Su traje actual no se aprestaba á darle apariencias de gran señor, y sin embargo, á pesar de sus mangas de camisa y sus *calzoni*, su aspecto era noble.

El cochero y el criado de á pie, bizarro mozo vestido de una manera extravagante, entraron del brazo en las oficinas. Su amo penetró con paso